

Practicando antropología aplicada: cuatro desafíos y algunas reflexiones

DANIELA SOTO HERNÁNDEZ

UNIVERSITY OF SUSSEX / PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
SANTIAGO, CHILE

Correo electrónico: d.soto@sussex.ac.uk

Fecha de culminación y envío: 15-09-2021 / Fecha de aceptación: 20-09-2021.

RESUMEN

El año 2017 se me invitó a formar un área de antropología aplicada en una universidad chilena radicada en Santiago. Cuatro proyectos adjudicados exitosamente asociados a emprendimiento indígena en diferentes entidades estatales y no estatales me llevaron a trabajar con comunidades mapuche y kawésqar en el sur y extremo sur de Chile con diversos objetivos y metodologías. Este artículo busca repensar esta experiencia de tres años, sobre la base de (i) las *temporalidades* de la antropología aplicada en contexto de consultoría; (ii) los desafíos éticos al buscar formas de incorporar la *transvocalidad* en las metodologías; (iii) los retos *metodológicos* al definir *a priori* estrategias que asumen representatividad; (iv) las dificultades de entender el *contexto* y las *consecuencias* políticas de mi participación/rol.

PALABRAS CLAVE: antropología aplicada, desarrollo, temporalidades, multivocalidad.

ABSTRACT

In 2017, I was invited to participate in an area of applied anthropology at a Chilean university based in Santiago. Four successfully awarded projects associated with indigenous entrepreneurship in different state and non-state entities, led us to work with Mapuche and Kawésqar communities in the south and extreme south of Chile with different objectives and methodologies. This article seeks to rethink this three-year experience, based on: (i) the *temporalities* of applied anthropology in a consulting context; (ii) *ethical and methodological* challenges when looking for ways to incorporate *transvocality* in methodologies; (iii) *methodological* and ethical confrontations when defining *a priori* strategies that assume

representativeness; (iv) difficulties in understanding the *context and political consequences* of our participation / role.

KEY WORDS: applied anthropology, development, temporalities, multivocality.



INTRODUCCIÓN¹

La antropología aplicada nació conflictuada y ese parece ser un **L**sino que la(nos) persigue. Siempre en el ojo del colonialismo, es una práctica difícil de justificar sobre todo cuando se realiza desde/para el Estado (Bartoli, 2002; Guerrero, 1997). Ya habiendo pasado la época colonial, la invención del *desarrollo* la puso nuevamente en jaque. Como Escobar (2007) ha señalado, la creación de la narrativa del desarrollo está asociada con varios elementos históricos: el contexto posguerra de 1950, con la rearticulación en la geopolítica mundial y el rol preponderante de Estados Unidos, la posterior Guerra Fría y las estrategias anticomunistas impulsadas por este país, la deuda económica que Europa adquirió con este, la propia articulación nacionalista que se dio en América Latina; las luchas anticoloniales que se desarrollan en Asia y África; la renovada fe en la ciencia y la tecnología así como la necesidad de abrir nuevos mercados y el problema ya identificado de la sobrepoblación (Escobar, 2007, p. 65).

En efecto, el trabajo realizado por antropólogos/as en agencias internacionales y nacionales en el marco de proyectos de desarrollo, así como defensores de estas intervenciones volvió a generar tensiones. La antropología colonial de corte evolucionista de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX (autores como Edward Tylor, James Frazer y Henry Morgan), había sentado las bases de comparación entre las sociedades europeas y «el resto del mundo». Igualmente, las características de la antropología la hicieron una disciplina *ad hoc* a la narrativa desarrollista, en la medida en que la etnografía

1 En este artículo se usa el sistema de las Normas APA 7^o edición.

permitía el estudio de comunidades *in situ* haciendo «más fácil» el entendimiento de lo que necesitaban estas y de cómo “modernizarlas” (Quintero, 2012, p. 136).

A pesar de ser considerada como parte sustancial de la antropología para el desarrollo y cómplice del desarrollismo postcolonial (Mosse, 2013), la antropología aplicada también ha mostrado posibilidades de compromiso político social con procesos transformadores y emancipadores (Bartoli, 2002; Rylko-Bauer et al., 2006). De esta forma, ha logrado también ser fuente de apoyo a las críticas de la narrativa desarrollista, posicionándose desde la antropología del desarrollo. Las críticas al desarrollo iniciadas por la teoría de la dependencia, tuvieron impacto en el trabajo de antropólogos neo-marxistas como Peter Worsley (1972) o Claude Meillassoux (1977). A su vez, el desarrollo posestructuralista de Foucault encontró eco bajo las críticas de autores como James Ferguson (1990),² y Arturo Escobar (1995 en inglés); develando la profunda colonialidad de la que era parte el discurso del Desarrollo.

Ya el año 1990, Leopoldo Bartolomé expresaba los mismos dilemas del quehacer antropológico en el siglo XXI en el contexto del desarrollo:

... la vinculación de la antropología con los procesos de desarrollo sigue siendo conflictiva, que no son pocos los antropólogos que le desconocen toda legitimidad, y que la práctica antropológica en este ámbito, especialmente cuando se realiza desde posiciones extraacadémicas, constituye una fuente constante de dilemas éticos, y un campo abierto a discusiones políticas e ideológicas (Bartolomé, 2014, p. 202).

Empero, a riesgo de caer en alguna trampa de la modernidad/colonialidad (Quijano, 2000) hay quienes por azar o interés seguimos pensando que la antropología aplicada es un espacio que tiene más que ofrecer a las comunidades y sociedades de lo que ha hecho hasta ahora (Escobar, 2012; Gardner y Lewis, 1996). En este sentido, la complejidad de tipos de proyecto de desarrollo (que

2 Eco de la crítica del rol del Estado en los procesos de modernización para el caso de Lesotho, serían a su vez las críticas al indigenismo latinoamericano que buscaba integrar a las poblaciones indígenas a la nación colonial (Bartoli, 2002).

explícitamente o implícitamente poseen el componente desarrollista) hacen que no siempre sea tan claro desde el inicio que estemos ante proyectos con lógicas desarrollistas, sobre todo cuando son las mismas comunidades las que los solicitan. Ahora, también podemos encontrar proyectos catalogados «de desarrollo» que surgen desde las comunidades y se les piensa como un espacio de construcción colectiva, antes que como una intervención. Es ahí donde creo que los/as antropólogos/as podemos contribuir al florecimiento social.

Además de la intención práctica de la antropología aplicada que resalta por sobre la orientación teórica de la antropología pura, otro elemento importante ha marcado el quehacer de esta primera: y es que después de los 80, las plazas para antropólogos/as académicos/as estaban ocupadas por lo que la práctica aparece como una necesidad de empleo para los/as demás antropólogos/as que se habían formado en las universidades del norte global. Esto significó una posición contradictoria donde los/as antropólogos/as aplicados/as eran menos valorados que los/as académicos/as en las universidades; y contrariamente, eran los/as profesionales «más rentables» en el mercado (Gardner y Lewis, 1996; Rylko-Bauer et al., 2006).

Lo anterior se relaciona directamente con mi experiencia en la antropología aplicada. Dado que carreras como la antropología no generan los ingresos de otras como la ingeniería, por ejemplo, son siempre un espacio costoso para las universidades. En el marco de generar sustentabilidad económica, en el año 2017 se me invitó a formar parte de un espacio de antropología aplicada y consultoría en la Universidad Católica de Chile (en adelante la Universidad). La idea era, por un lado, generar un espacio de financiamiento interno y, por el otro, poder llevar a cabo iniciativas diferentes donde poder insertar además a los egresados y expandir la aplicación de la antropología en la sociedad.

En el proceso de buscar y postular proyectos, una comunidad kawésqar contactó al equipo del Centro de Estudios Interculturales e Indígenas (CIIR) (alojado en la Universidad, entre otras universidades chilenas) para postular a un fondo regional. Y este fue el primero de tres proyectos asociados al emprendimiento indígena en Chile (y a otros en temáticas diversas que no son objeto de este

artículo). Al tratarse de un equipo pequeño base de dos personas, cada proyecto significó colaboraciones con otras entidades y disciplinas, tanto fuera como dentro de la Universidad.

Esta experiencia me permitió trabajar la antropología aplicada desde la universidad utilizando diferentes metodologías (participación-acción, cuantitativas y cualitativas) en proyectos de emprendimiento indígena de un mismo programa estatal chileno. En este contexto, el presente artículo busca contribuir a entender los desafíos profesionales actuales de proyectos desarrollistas más complejos y ya no ofrecidos por agencias internacionales, sino demandados por las mismas comunidades indígenas —no como meros receptores, sino como actores de su propio florecimiento en un contexto altamente neoliberal como el chileno—. De forma que el artículo constituye una reflexión sobre estos riesgos a casi un año de las experiencias vividas, en el entramado complejo en que se han ido transformando los «proyectos de desarrollo», mirando las potencialidades y límites de mi propio rol, en condiciones sumamente diferentes a las de la antropología aplicada: iniciando mis estudios doctorales y nutriéndome de lecturas y clases, que me permitieron volver sobre estas experiencias. No obstante, esta vez volvía a mirar con otros lentes y, quizás lo más importante, en una temporalidad diferente; no solo porque habían pasado meses, sino porque tenía tiempo para leer y pensar.

Considerando lo anterior, el presente artículo se enmarca entonces dentro de estas experiencias y *riesgos*, buscando reflexionar sobre cuatro desafíos a los que me enfrenté: (i) las *temporalidades* de los proyectos en el marco de la antropología aplicada; (ii) las posibilidades de incorporar la *transvocalidad* en los proyectos; (iii) cuestiones *ético-metodológicas* presentes al trabajar con metodologías que *a priori* pueden conformarse como obstáculos en contextos cambiantes; y (iv) los *contextos y consecuencias* de los proyectos y de los/as actores. Para ello proveeré mayor contexto sobre mi experiencia, para abordar cada desafío y finalizar con reflexiones en torno a ellos y a la disciplina misma.

CONTEXTOS: UNIVERSIDAD, DESARROLLO Y ANTROPOLOGÍA APLICADA

El 2017 se quería abrir un espacio a la antropología aplicada que pudiera complementar al emergente departamento de Antropología de la Universidad y que pudiera a su vez, generar (i) experimentación e innovación dentro de las ciencias sociales, y de la antropología en particular; (ii) propuestas diferentes a las tradicionales para vincularse con comunidades indígenas y no indígenas, pudiendo usar el conocimiento universitario para generar «valor social». A pesar de ser una iniciativa aprobada desde la Universidad, constituía un desafío bastante grande en el contexto de la educación superior chilena de corte neoliberal, donde la educación sigue siendo considerada como un bien de mercado. Además de la distancia enorme que existe entre las universidades como instituciones y la sociedad civil, el foco universitario de la antropología sigue siendo académico. Se tenía que abrir, por lo tanto, un perfil mixto en el sentido de mezclar academia con antropología aplicada y consultorías.

Incluso en términos de propuesta fue difícil pensar una dinámica que rompiera los modelos de vinculación clásicos, además de las burocracias institucionales que siempre están dispuestas a hacer complicada toda innovación. De igual modo, se buscaba generar un espacio transdisciplinario de trabajo, por lo que había que salir a buscar otras organizaciones (dentro y fuera de la Universidad) que quisieran arriesgarse con nosotros/as y viceversa para ir haciendo camino al andar. Sin embargo, las cavilaciones de propuestas terminaron cuando una comunidad kawésqar se presentó con el director del CIIR, buscando apoyo para postular e implementar un proyecto espectacular: proponer un diseño de una estación etno-científica que pudiera unir saberes, un hotel turístico y un espacio de venta de artesanías en su territorio. Y aún más, la comunidad también tenía identificado a un equipo diseñadores y arquitectos de otra universidad regional. Fue así como un equipo de profesionales convocados por esta comunidad y miembros de ella, postulamos y nos adjudicamos un Fondo de Innovación para la Competitividad

de la Región de Magallanes (sur de Chile) del 2017. Este proyecto de dos años contó además con la participación de biólogas marinas, ingenieros, economistas, y sociólogos: justamente la transdisciplina que buscábamos.

Y esta iniciativa, a su vez, nos llevó al equipo del CIIR a una cadena de postular y ganar otros dos proyectos en la línea de emprendimiento indígena, con socios siempre diferentes. Uno de estos, se realizó directamente para una entidad del estado chileno que desarrollaba proyectos de emprendimiento indígena «de alto impacto». El objetivo era desarrollar una línea base del programa, por lo que usamos metodología cuantitativa y cualitativa para levantar información, y también para devolverla a los territorios y conocer su opinión respecto de los resultados. El tercer proyecto adjudicado fue resultado de conversaciones con un líder ancestral de una comunidad mapuche y tuvo como propósito investigar y documentar su emprendimiento forestal calificado de exitoso en el marco de este programa. Para ello utilizamos una metodología mayoritariamente etnográfica, con visitas mensuales de 3-5 días, por espacio de alrededor de un año.

Y estos tres proyectos se transformaron en cuatro, donde trabajamos brevemente con una agencia internacional bancaria involucrada en el programa de emprendimiento indígena con el estado chileno. Los proyectos fueron diversos en forma y fondo, pero nos permitieron desarrollar una metodología de trabajo que se basaba en *la investigación acción participativa* (Contreras, n.d.; Fals Borda y Rodrigues Brandão, 1987; Martí, 2000; Melero, 2011). Lógicamente, distaba bastante de las propuestas de autores como Fals Borda; no obstante, era un esfuerzo que yo no conocía por vincular a la universidad con la sociedad civil, desde otros ámbitos e intereses. Así, la propuesta inicial era conversar con las comunidades y buscar proyectos y socios que se ajustaran a sus necesidades (y no al revés), con la propuesta de construir una relación que fuera mucho más allá de *un* proyecto y se orientara a una forma de apoyo no paternalista, a través de la cual creyéramos tanto las comunidades como los equipos. Complementariamente, nuestro enfoque buscaba siempre trabajar *transdisciplinariamente* (Alvargonzález, 2011; Choi y Pak, 2006) con las organizaciones

indígenas no como beneficiarios, sino como «mandantes». De forma que fueran ellos/as los/as que dieran dirección al proyecto y los/as «profesionales» pudieran poner las herramientas académicas de gestión de proyectos en un lenguaje común.

En este sentido, los conocimientos desde los territorios constituían las guías de navegación. A su vez, la formulación de los proyectos incluía una «negociación» previa con las comunidades donde además de tomar en cuenta los requisitos de las bases de licitación, se consideraban los intereses de las comunidades que se pudieran incorporar en el proyecto (y que los equipos tuvieran la capacidad de realizar).

Sin embargo, entrar al mundo del emprendimiento indígena implicó ligarse a la idea de desarrollo en el marco de un Estado neoliberal multicultural (Hale, 2002). De esta forma, y sin proponérmelo, esta experiencia me permitió acceder al mundo contemporáneo del desarrollo moderno y acceder a lo que he designado como «cadena política de desarrollo norte-sur» (Soto, 2021). Este concepto busca designar los flujos encadenados de financiamiento, reglas y normativas, conocimientos y actores —particularmente, organismos internacionales, organismos estatales (tanto en la escala nacional, como regional y local), consultores y ONGs, universidades, líderes y miembros de diferentes comunidades indígenas— que confluyen como parte de una estrategia desarrollista moderna en los últimos 20 años.

La «cadena de desarrollo» norte-sur consiste justamente en esa «gran escala» en la que se inserta actualmente el emprendimiento indígena. La base actual de esta iniciativa insiste en casos exitosos en comunidades de Canadá, Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. Este modelo de referencia promulgado por instituciones como el Banco Interamericano del Desarrollo (BID) señala que el invertir altos capitales en comunidades indígenas para financiar emprendimientos funciona como un motor de desarrollo económico. De forma tal, que se incorporan nuevos recursos (humanos y no humanos) al mercado global, resolviendo problemas de exclusión y pobreza, y añadiendo valor en la medida en que se integran productos y formas de hacer indígenas, ausentes en el mercado actual.

Es aquí donde entra el estado chileno que, desde la dictadura militar y la imposición del modelo neoliberal, ha seguido el modelo desarrollista de buscar apoyo internacional (del norte global) para fomentar políticas promercado. Con la idea de generar «ecosistemas de emprendimiento», se establece vínculo con comunidades (en este caso organizaciones indígenas) y la red se complementa con trabajo con diferentes entidades estatales, regionales y comunales, y con financiamiento que viene acompañado de «transferencia de conocimientos y habilidades». Dentro del modelo general identifi- cado, igualmente, instituciones financieras internacionales (como por ejemplo el BID) que, en acuerdo con estados nacionales, desarrollan programas apoyados —a su vez— por “expertos” nacionales y transnacionales (en la forma de individuos o instituciones), y por inversionistas nacionales e internacionales³ (en la forma de empresas de capital de riesgo).

El concepto de cadenas políticas de desarrollo norte-sur expande los elementos que intervienen en el desarrollo, donde ya no solo se encuentran los actores identificados por autores como Escobar (2007) o Bartolomé (2014) (agencias, estado, capital privado, expertos y comunidades); sino que abre espacio para incluir a todos los actores asociados a las cadenas de valor en las que se busca insertar a los emprendimientos indígenas (proveedores, intermediarios y clientes finales). A su vez, considera a los Estados como espacios de disputa, donde, por ejemplo, suele haber conflictos entre los Estados nacionales y los regionales (en el caso de Chile); las comunidades indígenas de hecho y las de derecho, así como los/as «líderes» en relación a los miembros de estas, entre otros.

3 El proyecto en que trabajamos, particularmente, buscaba «apoyar a organizaciones indígenas» para que desarrollaran un proyecto de emprendimiento en tres etapas: (i) apertura multicultural donde se elabora el proyecto de vida y se delinea el proyecto de emprendimiento; (ii) propuesta de valor donde se modela el proyecto de emprendimiento y (iii) desarrollo de anteproyecto identificando viabilidad comercial y financiera), con el objetivo de obtener una garantía estatal que, a su vez, le permitiera a la empresa indígena (ya formada previamente o en el marco del programa) acceder a un préstamo con alguna entidad bancaria. En este sentido, durante el proyecto también se buscaban agencias financieras alternativas que pudieran financiar grandes proyectos con retornos a largo plazo (momento cuando entraban las empresas internacionales de capital de riesgo).

Igualmente, la complejidad está señalada en el exponente tres que busca dar luces sobre los aportes de la economía política, la ecología política y la ontología política respecto del análisis de relaciones de poder, territorios y cosmovisiones; en la medida en que los proyectos de desarrollo analizados constituyen formas de integrar seres humanos y no humanos, territorios y formas de vida a la cadena de mercados nacionales y globales. El concepto de cadenas entonces adquiere un triple sentido al designar los flujos encadenados incorporados a las cadenas de valor mundiales; al tiempo que instalan una serie de limitaciones (cadenas) en los propios proyectos de autodeterminación de las comunidades que participan en ellas.

LA ANTROPOLOGÍA APLICADA: DESAFÍOS DE LA PRÁCTICA

Lo anterior permite entender el contexto bajo el que se desarrolla la práctica que es objeto de mi reflexión y el espacio políticamente controversial en el que nos insertamos con los diferentes equipos; eje fundamental a considerar en la práctica de la antropología aplicada. Ahora bien, las reflexiones a continuación son ciertamente el resultado de conversaciones informales y en contexto de proyectos con diferentes actores, equipos y sobre todo de la distancia profesional de haber terminado mi participación en los proyectos e iniciar estudios de doctorado.

A continuación expondré cuatro grandes desafíos a los que me enfrenté en esta experiencia de tres años. Iniciaré por los desafíos más cotidianos como son la temporalidad, la transvocalidad y la representación, para finalizar, con un desafío asociado a mi propia posicionalidad en el marco más bien estructural en el que tienen lugar los proyectos de desarrollo.

Desafío de las temporalidades: distintos mundos, distintos tiempos

El primer desafío que sentí y enfrenté fue el de las temporalidades. El tiempo social en que se mueve la consultoría está

definido por el tiempo industrial (Adam, 1998), el cual a su vez se inserta en el «tiempo máquina» que se desarrolla con el invento y masificación de los relojes:

El reloj, que se desarrolló en Europa durante el siglo XIV, ya no rastrea ni sintetiza el tiempo del entorno natural y social, pero en su lugar produce un tiempo que es independiente de esos procesos: el tiempo de reloj es aplicable en cualquier lugar, en cualquier momento. El contexto ya no juega un papel. ... Normalización, cuantificación y universalización son sus logros singulares. El reloj está listo para el servicio en cualquier lugar de la tierra y más allá, listo para medir el tiempo y estructurar el día, sea cual sea el campo de aplicación». (Adam, 2006: 123. Traducción propia).

Los proyectos de consultoría siguen esta misma lógica: se estandarizan, su éxito se cuantifica y todos funcionan con los mismos parámetros, independiente del lugar y del tiempo en que se llevan a cabo. Este «tiempo industrial moderno» está lejos de la temporalidad de la existencia, como reconoce Adam (2006):

El hecho de que este tiempo-máquina ya no se parezca a ninguna de las temporalidades de la existencia, es decir, proceso de cambio, ciclos de repetición con varianza y el ritmo, inicialmente planteó solo problemas menores. Cuando el tiempo invariable del reloj se superpone a los sistemas vivos, tienden a ser los sistemas vivos los que son requeridos para adaptarse al tiempo-máquina y no al revés (123. Traducción propia).

Justamente este tipo de tiempo (demasiado similar al tiempo industrial que buscan imponer desde la cadena de desarrollo norte-sur a los emprendimientos indígenas) era problemático para generar confianzas con las comunidades y organizaciones con las que trabajábamos. La antropología aplicada ligada al tiempo de las consultorías queda lejos de la temporalidad de la existencia, con proyectos que se deben idear, postular, adjudicar, desarrollar, rendir; todo ello con poco tiempo de calendario y con medidores de éxito burocráticos. La verificación de «actividades realizadas» es *el* indicador de éxito de un proyecto.

Las burocracias hacen muy difícil adaptar los proyectos a las circunstancias e incluso hacerlo pareciera ser un signo de «fracaso». A valor *per se* del plan, se le contraponen siempre el tiempo de la existencia, que vive en y del contexto dinámico y las circunstancias.

A su vez, los marcos normativos-financieros de los proyectos no permiten adecuarse a las costumbres locales, siempre específicas. Dadas estas restricciones es muy difícil financiar, por ejemplo, cuestiones como comidas o presentes, los que constituyen espacios o signos fundamentales de buena fe, de generación de confianzas y establecimiento de vínculos en muchas culturas. Estos fueron los primeros obstáculos que sin duda nos acompañaron a lo largo del desarrollo del proyecto e incluso una vez que el plazo de ejecución del proyecto había vencido.

Mientras se desarrollaban los proyectos, yo misma sentía en mi cuerpo y en mi mente el encuentro confrontado de temporalidades: en los proyectos se trabajaba con la temporalidad industrial pero en los días de terreno se instalaban otros tiempos sociales. Tiempos contextuales en los que el clima, el parto de una vaca o invitados inesperados podían alterar todo el plan. En efecto, el tiempo cotidiano se resistía a formar parte del tiempo del calendario con el que se organizan los proyectos.

Esas temporalidades dentro de temporalidades enriquecían sin duda las iniciativas, pero también me/nos obligaban a ajustar y reajustar los proyectos una y otra vez. En este sentido, había una diferencia abismal entre la etnografía distendida que constituye la base metodológica del trabajo antropológico, su entendimiento de los tiempos que implican la generación de confianza y cualquier metodología en el marco de proyectos licitados con plazos ajustados. Aun utilizando la etnografía como metodología con énfasis en las interpretaciones situadas (Restrepo, 2018, p. 47), las entradas y salidas del trabajo de campo, los plazos y exigencias burocráticas (por ejemplo, tener que cumplir y documentar el cumplimiento de las actividades planificadas para esos días), hacían de esta un trabajo bastante diferente de la etnografía tradicional.

Por otro lado, a medida que me adentraba en los proyectos, me cuestionaba mi rol en una perspectiva decolonial que no buscaba estudiar culturas, sino aportar al florecimiento de personas (en este caso indígenas) y culturas diversas. No obstante, los terrenos, las rendiciones, los informes, etc., ocupaban mi *tiempo*, en una temporalidad en la que «el tiempo es dinero» y nunca lograba estar

al día con todo lo que necesitaba, aun trabajando 12 horas. Los terrenos eran muy intensos, lo que, sumado a la carga posterior, no me permitía reflexionar sobre mis experiencias o leer otras que pudieran iluminar mi forma de entender lo que ocurría. Pudiera ser que hubiera personas que ya habían pasado por los mismos dilemas, pero, ¿en qué momento iba yo a conocer sus experiencias? Sentía esa separación entre antropología académica y aplicada como la había leído hace tantos años y comentaba con colegas lo diferente que era el nivel de análisis requerido en antropología aplicada vs. el de la antropología académica —a pesar del enorme complemento que podrían ser—. ¿Pero cómo luchar contra la corriente cuando siguiendo la misma corriente vas exhausta?

En efecto, varios colegas que trabajan desde la academia me han comentado que «ojalá tuvieran tanto tiempo para ir a terreno», porque las clases, las publicaciones, la burocracia universitaria y la vida misma (familia, compromisos, etc.) les hace cada vez más difícil encontrar tiempo para tener esas experiencias. Esta contradicción extraña parece ser más común de lo que quisiera; algunos/as tenemos más acceso a terreno, pero menos acceso a la academia, mientras otros tienen más acceso a la academia pero menos a terreno.

A lo anterior se sumaba el lugar mismo del que veníamos y al que regresábamos después de cada terreno: la universidad. Esto era algo que generaba distanciamiento en algunos casos por el estigma de que las universidades son espacios de clase alta donde no hay interés real de trabajar con la gente (solo por incentivos) y que no hay procesos de devolución de conocimiento. Ahora bien, la distancia entre los problemas de las comunidades con las que trabajaba y los de los estudiantes o las burocracias universitarias sí operaban en mundos diferentes. Así, las distintas temporalidades de estos mundos emergían y contrastaban una y otra vez.

Desde ahí era difícil pensar una forma de conciliar tiempos/mundos porque en efecto las universidades pueden ser instituciones problemáticas para trabajar bajo la perspectiva decolonial. En la medida en que constituyen espacios institucionalizados y globalizados de producción/difusión de conocimientos hegemónicos y modernos/coloniales; quedan ellas mismas presas de su propio rol

de poder e inserción en el sistema cultural y político-económico hegemónico. En este sentido, funcionan con incentivos y mediciones específicas que sí presionan a los/as antropólogos/as (y académicos/as en general) a producir, difundir y expandir conocimiento en determinadas formas. Eso a su vez impone otras temporalidades. Un ejemplo claro lo constituyen la publicación de artículos académicos que requieren una actualización permanente de literatura, levantamiento de información, procesamiento de datos y una forma de escritura muy diferentes a los reportes del mundo de consultorías. Además de la búsqueda de ciertas revistas e indicadores, edición para esa revista y luego —con algo de suerte— un proceso de revisión, etc. Empero, los artículos académicos eran usualmente comentados como inútiles por parte de los miembros de las comunidades con quienes trabajábamos.

De hecho, mis esfuerzos de escritura se contraponían absolutamente en la medida en que los reportes de los proyectos tenían un foco analítico muy diferente (normalmente descriptivo) y mis esfuerzos buscaban generar documentos más simples y pertinentes para las comunidades desde donde salía la información. Porque, de hecho, los reportes que teníamos que generar como parte de los «productos» asociados a cada proyecto adjudicado, no eran adecuados para difundir en las comunidades; por lo que había que adaptarlos luego para poderse los «devolver» en formato amigable y que tuviera sentido.

DESAFÍOS ÉTICOS: UN MUNDO DE MUCHOS MUNDOS

Por otro lado, también encontré importantes desafíos éticos en el camino de incorporar la *transvocalidad* en los proyectos o lógicas de trabajo cooperativo y participativo. Más allá del rescate de la multiplicidad de voces de la multivocalidad (Buzzanell, 2017), entenderé la transvocalidad como asociada a la reflexión que autores como Alvargonzález (2011) y Choi y Pak (2006) han hecho respecto de la diferencia entre multidisciplinariedad y transdisciplinariedad.

De este modo, la conceptualización de transvocalidad⁴ busca ir más allá del rescate/presencia de múltiples voces (según género, edad, etnia, etc.), sino también como espacio de construcción de los proyectos entre pares. Aquí no eran relevantes las mayorías sino el equipo completo y los/as representantes de las comunidades en específico. Esta conceptualización es útil para superar la trampa que constituye el aspecto formal de mostrar múltiples voces, pero que no haya una forma de urdir las en el proyecto. Dado que los proyectos involucraban una serie de toma de decisiones, la idea era poder generar espacios de conversación y de visibilización de las voces tradicionalmente relegadas.

La idea de que los profesionales fueran herramientas al servicio de las necesidades y proyectos de las comunidades con las que trabajamos, me motivaba a buscar maneras de ir más allá del hecho de que en el papel la Universidad se había adjudicado los proyectos. Pero varias dificultades se presentaron. En primer lugar, es muy complejo el funcionamiento burocrático: porque este ímpetu no era el de la universidad en su conjunto, sino el de un área. Contrariamente, a la hora de gestionar contratos y financiamiento, las reglas internas son sumamente estrictas y no es aleatorio. Para cada licitación ganada, las instituciones que proveían el financiamiento obligaban a las instituciones beneficiarias (en este caso a la Universidad) a dar cheques en garantía, ante el eventual incumplimiento del contrato o fracaso del proyecto. De esta forma, los proyectos terminaban implicando potenciales gastos que la universidad no podría solventar. De ahí que la misma estructura interna fuera estricta y nos impusiera limitaciones constantes al intentar compartir la administración concreta de los proyectos (particularmente con personas que no trabajaban directamente para la Universidad). De modo que había una ambivalencia compleja de manejar entre nuestras ideas y la administración asociada a los proyectos. Ello implicaba que, a pesar de que el proyecto adjudicado buscaba ser una fuente de apoyo a terceros, había muchas decisiones burocráticas

4 La definición con la que trabajaré de «transvocalidad» no se asocia a problematizaciones de la presencia de personas transgénero en la música y canto presente en otros ámbitos de estudio (Aguirre, 2018).

(asociadas a rendiciones, plazos, informes, etc.) que no permitían agencia de terceros ajenos a la Universidad. De forma que la transvocalidad y las posibilidades de coconstrucción de proyectos se veían truncadas no solo por los reglamentos de cada proyecto sino por los de la misma universidad en los ámbitos de gestión.

Por ejemplo, para poder hacer una reunión, teníamos que tomar fotos y pasar listas de asistencia, hacer firmar documentos en los que constara que se habían entregado viáticos o se habían usado pasajes comprados por el proyecto. Todos estos lineamientos eran obligatorios para poder rendir los fondos adjudicados, mas eran siempre incómodos y consumían una enorme porción de mi tiempo. Así, en la práctica, había varias formas de hacer las cosas que no tenían nada que ver con participación entre actores ni con decisiones conjuntas —lo que en varios casos generaba roces y daba paso a desconfianzas que teníamos que estar permanentemente explicando.

Al mismo tiempo, los esfuerzos por construir transvocalidad implicaban un constante ejercicio de posicionalidad crítica. En efecto, ser parte de una universidad implica sin duda estar en una posición de poder respecto de un otro/a sin educación superior, independiente e indígena en el Chile clasista, racista y misógino contemporáneo. El equipo —blanco (no-indígena), asociado por familia o institución a una de las universidades más costosas/élite del país, portador de conocimientos occidentales— estaba en un espacio de interseccionalidad claramente dominante. Eso tenía dos grandes consecuencias en mi experiencia: la primera es que cargamos con ese peso de venir del linaje opresor y se nos hizo ver en más de una ocasión. A su vez, los diferentes equipos con que trabajé, cargábamos con el peso de otros/as profesionales que han buscado oportunidades propias o que han seguido modelos coloniales, donde las comunidades no son pares o compañeros/as, sino ofertas laborales o, peor aún, oportunidades económicas.

A esta posición de dominancia estructural se le superponían las interacciones cotidianas con las comunidades donde, por nuestra edad (adultos/as jóvenes) y por no haber vivido en el territorio, se

nos consideraba inexpertos. Volví al espacio cómodo y conocido de ser la *extranjera profesional* (Bartolomé, 2014) y muchas de mis interacciones en terreno eran explicaciones sobre cómo eran las cosas y cómo debía interpretarlas.

No obstante, con el paso del tiempo, en cada proyecto se fueron develando las asimetrías y disparidades internas de las comunidades y organizaciones con las que trabajábamos. Los conflictos en el interior de las comunidades constituyen tema del siguiente apartado, pero aquí me limitaré a decir que, dado que los tiempos de los proyectos eran acotados, no logramos construir transvocalidades que pudieran superar las exclusiones que existían en el interior de estos grupos y más bien me quedé con la sensación de aceptar transvocalidades limitadas a nuestra relación como equipos con los diferentes liderazgos. Esta fue una situación que se repitió en dos de los proyectos.

Por otro lado, aun cuando la transdisciplinariedad «esté de moda», lo cierto es que había que crear una forma de dar espacio a las distintas voces disciplinares; trabajo que implicó capacidades, conocimientos y —nuevamente— metodologías diferentes a las tradicionales. En el caso del proyecto con la comunidad kawésqar, ello implicó procesos de «formación» inicial, durante el primer mes destinamos sesiones de trabajo para conocer las diferentes perspectivas que se unían al proyecto. Tuvimos una sesión en la cual los/as líderes de la comunidad nos explicaron su historia y el proyecto, así como aspectos importantes sobre su cosmovisión. En esta sesión, además, el abogado de la comunidad explicó elementos sobre las leyes nacionales e internacionales que debíamos considerar para el proyecto en contexto de territorio y comunidad indígena. Asimismo, organizamos sesiones sobre cultura y antropología, en las que expusimos nuestro quehacer profesional y las herramientas metodológicas que podíamos poner a disposición. A su vez, el equipo de arquitectura y diseño hizo otra sesión durante la que nos contaron sobre la forma en la que trabajan, sus herramientas metodológicas y productos. Fue, sin duda, una excelente forma de iniciar, a través de la que pudimos conversar sobre las diferentes aproximaciones y resolver dudas sobre el quehacer de otros miembros del equipo. Un

trabajo similar hicimos con las biólogas marinas que se unieron al proyecto un año más tarde, en el cual construimos una metodología de levantamiento e interpretación de información que pudiera capturar las distinciones territoriales de la comunidad kawésqar antes de las científicas. Por ejemplo, más relevante que especies terrestres o marítimas eran especies que vivían en aguas interiores (asociadas a los canales, llamadas jautok) vs. las que vivían en aguas exteriores (más cercanas al mar, referida como malté).

DESAFÍOS ÉTICO-METODOLÓGICOS: NI COMUNIDAD NI REPRESENTANTES

La limitación de la transvocalidad me hizo reflexionar sobre otro gran desafío: asumir representatividad en metodologías que apuntaban a la co-construcción de proyectos. El desafío funciona en varias direcciones. Las organizaciones que trabajaban con nuestro equipo se veían constantemente frustradas por la burocracia universitaria; acrecentada en la medida en que eran parte de los proyectos, pero no formalmente de la Universidad. Por ejemplo, la comunidad kawésqar con la que trabajamos quería firmar un convenio de colaboración con las dos universidades. La idea nos parecía fantástica a todos/as, pero el convenio no vio la luz porque los abogados no se pudieron poner de acuerdo en varios puntos sobre derechos intelectuales, en la medida en que nuestra propuesta excedía las legislaciones vigentes en Chile al buscar posicionar a la comunidad indígena como actor principal.

Del otro lado, con los diferentes equipos vivimos problemas similares y la experiencia puso en evidencia mis propios prejuicios: la idea de que las comunidades indígenas como espacios donde había acuerdo y organización interna coherente y consistente, donde había prácticas ancestrales de transvocalidad y los/as líderes eran representantes de los miembros de las comunidades.

Además de ser una idealización era un errado supuesto metodológico. Una de las cosas que nuestra metodología de trabajo «supuso» es que con los/as líderes con quienes conversábamos traían proyectos que efectivamente eran apropiados, consensuados

y sabidos por la comunidad u organización a la que representaban. Sin embargo, una vez que los proyectos se habían adjudicado y comenzaban los encuentros y trabajos de campo, estos se iban desarrollando por momentos como equívocos y complejos. Así, los proyectos no eran apropiados por la comunidad como un todo sino como el resultado de conflictos internos de poder; o bien, el resultado de luchas en ciertos momentos históricos que tras años de «empuje» por parte de una pequeña porción de la organización, parecían más bien iniciativas de los/as representantes antes que de la comunidad como un todo. Finalmente, también había tensiones permanentes entre las comunidades de hecho (por ejemplo, las personas indígenas que vivían en un sector) y las que estaban inscrita en la comunidad «de derecho» bajo los lineamientos de la Ley Indígena (19.253). Ya fuera por dinámicas históricas y/o políticas, no todos/as los habitantes estaban inscritos, pero la comunidad de derecho suponía representar a todo el territorio.

Estas complejidades, que son parte de todo proceso de organización, tienen múltiples vectores que las influyen. Sin embargo, quisiera resaltar aquellas que resultan de procesos de distanciamiento entre líderes/base propios de la forma en la que funcionan los marcos institucionales de los Estados nación y de la organización territorial (muy centralizada en el caso chileno). Ello, por ejemplo, obliga a los/as representantes a viajar constantemente fuera de su territorio a reuniones —impidiéndoles vivir el día a día que los demás miembros de esas comunidades sí viven—. A su vez, la negociación política, las leyes, las bases de concursos, etc., son conocimientos específicos de campos de acción determinados, que generan otra brecha respecto a cómo las cosas se entienden y funcionan en sus territorios de origen. Y —de nuevo— temporalidades que no siempre dan espacio a procesos de conversación y consulta comunitarias.

Ahora bien, las luchas y abusos de poder internas son más complejas de abordar en el sentido de mi propia posición de poder y desconocimiento histórico del territorio. No obstante, era visible que la violencia sistémica a la que son expuestas las comunidades indígenas con las que trabajamos ha sido y era altísima. Esta re-

producción de violencia en la esfera «interna» se asociaba a una suerte de desensibilización en la que se daban múltiples formas de violencia entre ellos/as mismos/as: prostitución infantil, alcoholismo, violencia doméstica, narcotráfico; a los que se suma en algunos casos verdaderas guerras entre miembros de una comunidad y entre comunidades.

Lo anterior se traduce en que metodologías que *a priori* asumen representatividad en los distintos espacios con los que se trabaja (como puede ocurrir entre líderes y miembros de comunidades indígenas), pueden caer en reproducir los mismos abusos o vulnerabilidades que buscan superar. A su vez, obliga a pensar metodologías y apoyos que van mucho más allá de lo «cualitativo» o «etnográfico», y mucho más cercanas a la investigación-acción participativa flexible para ajustarse a las condiciones específicas en las que se desarrolla el proyecto. En este sentido, el foco de construir relaciones de largo plazo sí daba espacio para ir generando confianzas, entrando en las organizaciones y comunidades, y desde ahí ir repensando el proyecto y los desafíos futuros. Empero, ello contradice la lógica de los proyectos licitados que solicitan metodologías formales y cumplir con el proyecto estipulado.

Estas situaciones nos obligan a nosotros/as como antropólogos/as a buscar, crear y rediseñar conjuntamente metodologías de trabajo *ad hoc* en contextos de vulnerabilidad y pobreza. En este sentido, nos obliga a pensar cuáles son nuestras herramientas para enfrentar territorios y contextos diversos. Si bien en la universidad se enseña academia, quizás eso mismo se puede desafiar para construir metodologías más versátiles, creativas y que nos permitan trabajar con cada territorio como un espacio único, sin «recetas ganadoras». Todos, elementos, creo, que serían mucho más fructíferos para nuestro desarrollo como antropólogos/as en el quehacer aplicado y para pensar metodologías que no asuman, por ejemplo, representatividad *a priori*.

DESAFÍOS DE CONTEXTO: ROLES Y CONSECUENCIAS

La práctica entonces estuvo marcada por los desafíos de temporalidades, posibilidad de trabajar desde la transvocalidad y de haber

asumido representatividad. Empero, quizás el mayor desafío tiene que ver con el sentido mismo de los proyectos y el rol que como antropóloga jugué al participar. Motivada porque los proyectos estaban apropiados por los miembros de las comunidades con los que conversamos, tardé en darme cuenta de las consecuencias de estos proyectos, intencionadas o no por las organizaciones indígenas. ¿Qué significaba incorporar al mercado estos territorios hasta hoy ajenos al mismo?

La complejidad de la cadena política de desarrollo norte-sur se fue develando lentamente con los proyectos, pero no la pensé como tal hasta que los proyectos habían terminado, y yo estaba en la búsqueda de hacer sentido de la experiencia y de entender los elementos estructurales que condicionaban de alguna forma el contexto mismo de los proyectos, las posibilidades y limitaciones de los diferentes actores involucrados, así como las consecuencias. Si bien al inicio, los proyectos de emprendimientos eran narrados como espacios de autodeterminación y parte de la voluntad de las organizaciones indígenas; el mismo desarrollo de estos fue revelando la forma en la que un-mundo moderno (Law, 2015) y colonial se lograba instalar en la manera de alcanzar esa autonomía, de relacionarse entre los/as involucrados/as, las comunidades y con el entorno.

Por ejemplo, a medida que rescatábamos las historias de las ideas de emprendimiento de las comunidades, aparecían encuentros con agencias internacionales o empresas que «sugerían» líneas de acción que serían susceptibles de ser financiadas. A ideas más simples, el BID había incentivado «grandes proyectos de desarrollo e impacto». En vez de laboratorios locales para identificación de marea roja, se había pensado una estación científica; y en vez de recuperar tierras para uso local, se había pensado en una empresa de secado de leña.

En este contexto, la dimensión política del concepto de «cadenas políticas de desarrollo norte-sur» se me fue mostrando claramente en la medida en que múltiples asimetrías de poder se conjugaban entre distintos actores, variadas luchas/encuentros de mundos en el conjunto de actores nacionales e internacionales que componen las políticas desarrollistas (colonialistas, patriarcales y

capitalistas). Se iban enlazando cadenas desde las ideas de negocios, pasando por el financiamiento y hasta la implementación y funcionamiento de los proyectos de emprendimiento.

En uno de los terrenos en el sur, mientras yo trabajaba en un proyecto para postular a un fondo, dos miembros de la comunidad conversaban sobre los pagos a quienes trabajaran en el emprendimiento. Un hombre le decía a la mujer que tenían que hacer pagos diferenciados, porque los trabajadores tenían que recibir lo que necesitaban para mantener a sus familias. De este modo, como las situaciones de los trabajadores eran diversas, los pagos tendrían que ser diversos y depender de si tenían pareja, y la cantidad de hijos/as. A lo anterior, la mujer respondió que las cosas no se hacían así y que el pago debía ser fijo: a cada cual se le paga por el trabajo que hace, no por la familia que tiene.

Esta conversación era la expresión misma de iniciativas que podrían combatir lógicas de mercado, pero que «no funcionaban» bajo el paradigma instalado por las agencias internacionales y por los modelos de negocio que rescatan las entidades estatales. Lo anterior se acentuaba por la necesidad permanente de buscar inversionistas. En efecto, el programa estatal de emprendimiento había generado ya redes y fondos con empresas de inversión de alto riesgo de Estados Unidos. Esa era la forma en la que lentamente un mundo de un-mundo (Law, 2015) iba asentándose y dejaba relegada la posibilidad de *un mundo de muchos mundos* que han destacado autores como de la Cadena o Blaser (De la Cadena y Blaser, 2018), entre otros (Escobar, 2015).

De forma que estos proyectos y estas cadenas no constituían sino una reinscripción y actualización de la dependencia económica del sur global respecto del norte global, donde no solo se concatenan actores y recursos, sino una matriz económico-política; una relación de poder entre seres humanos y entre éstos, seres no humanos, y el entorno; y una visión de mundo específica. Así, potenciar emprendimiento no era solo una forma de autonomía y de respuesta a problemáticas de pobreza, sino —y por sobre todo— una manera de expandir la modernidad capitalista: de seguir instalando ciertas formas de organizar el trabajo remunerado y el

no remunerado, de relacionarse con la naturaleza y de entender al mundo y al territorio.⁵

El temor de la similitud entre mi experiencia y el antiguo análisis de Arturo Escobar sobre la construcción de la narrativa del desarrollo me llenó de dudas sobre las consecuencias y posibilidades de los proyectos:

El desarrollo tenía que basarse en una producción del conocimiento que suministrara un cuadro científico de los problemas sociales y económicos y de los recursos de un país. Ello implicaba establecer instituciones capaces de generar tal conocimiento. El «árbol de la investigación» del Norte fue trasplantado al Sur, y con ello América Latina entró a formar parte del sistema transnacional de conocimiento. Algunos sostienen que a pesar de que esta transformación creó nuevas capacidades cognoscitivas, también implicó una pérdida de autonomía y el bloqueo de modos alternativos de conocimiento (Fuenzalida, 1983; Morandé, 1984; Escobar, 1989). (Escobar, 2007: 74-75).

¿Mi participación habría apoyado la pérdida de autonomía?
¿Había trabajado por abrir mundos o por incorporar mundos a un mundo?
¿Estaba apoyando procesos colectivos de empoderamiento o la entrega de recursos a élites internacionales?

Por suerte para mi ilusión de relevancia, ninguno de los proyectos tuvo impacto directo en los emprendimientos, dado que uno estaba aún en fase inicial de planificación (y el trabajo nuestro fue entregar anteproyectos, pero la comunidad quiso tomarse más tiempo para pensar y definir las formas de financiamiento) y otro ya estaba funcionando. Si bien aportamos información relevante para cada uno, las complejidades propias de la burocracia y del emprendimiento, implican siempre que se necesita demasiado tiempo para avanzar pasos concretos. Sin embargo, dejaron muchos desafíos y cuestionamientos en mi propio quehacer profesional, que han sido el centro del presente artículo; y que creo que son debates para profundizar para estar a la altura de los desafíos contemporáneos —sobre todo en el marco de los tremendos procesos políticos que está viviendo Chile, en particular, y el mundo en general.

5 Debates y literatura al respecto se pueden encontrar en el texto de Venkatesan y Yarrow (2012).

REFLEXIONES FINALES

El presente artículo se enmarca dentro de los debates de la antropología aplicada y su cruce con la antropología del desarrollo. Al respecto y sobre la base de mi experiencia en proyectos de emprendimiento indígena a lo largo de tres años, planteo cuatro desafíos y reflexiones en torno a estos, como son: (i) las *temporalidades* de la antropología aplicada que conflictúan el propio quehacer y el trabajo con actores externos; (ii) los desafíos éticos al buscar formas de incorporar la *transvocalidad* o lógicas de trabajo participativo que rompan o desafíen el colonialismo; (iii) los retos *ético-metodológicos* en la medida en se define *a priori* metodologías que asumen representatividad, las que pueden caer en reproducir algunos de los mismos patrones que buscan superar; y (iv) las dificultades que enfrenté para comprender el *contexto y las consecuencias* políticas de nuestra participación/rol.

Para cerrar, entonces quisiera profundizar en algunas cuestiones. Mi impresión es que el proyecto de abrir espacio a la antropología aplicada comprometida en la universidad implicaba contradicciones difíciles de resolver en un contexto neoliberal y donde las universidades ocupan lugares tan distantes a las realidades de las organizaciones y comunidades.

En este contexto, rescataría tres elementos a cuidar en el desarrollo de los proyectos: (i) constante hincapié en lograr mutuos entendimientos; (ii) valoración de las partes como pares, de forma que ese entendimiento se tome con la misma valoración que tomamos las de otros «socios» (cosa que a veces es difícil con profesionales ingenieros o economistas, por ejemplo), (iii) y principalmente, tratar de cultivar una *buen fe* (es decir, la sensación de que el/la otro/a no quiere aprovecharse de mí y está haciendo lo mejor posible).

Asimismo, es fundamental incluir en los proyectos margen suficiente para adaptarse y para crear comunidades de aprendizaje continuo. Particularmente, la metodología acción-participativa asume un mundo de mutuo entendimiento e información para tomar decisiones en conjunto. Aquí creo que podemos pensar

nuevas formas que no asuman «un mundo», sino múltiples, donde encontremos espacios de entendimiento y confianza, y que se integren mejor a las múltiples temporalidades de los proyectos.

Pues quizás lo más complejo es que la temporalidad de la antropología aplicada que desarrollábamos no dejaba espacio interno para cuestionar las implicancias de los proyectos y de nuestra participación, lo que puede resultar altamente problemático. Espacios de formación y conversación colectiva creo que son fundamentales para mejorar nuestra práctica, por lo que apostaría por fortalecer —y crear donde no haya— comunidades de antropólogos/as aplicados/as para compartir experiencias.

En efecto, entre la antropología aplicada «militante y comprometida», la política pública y la «consultoría» hay espacios tremendos de diferencia. Sin embargo, creo que igualmente hay elementos compartidos que pueden servir para pensar nuevas metodologías que funcionen mejor según el contexto. No podemos quedarnos con las herramientas clásicas de la etnografía, las entrevistas y los grupos focales. Al contrario, requerimos pensar/crear nuevas formas, pero esta vez de la mano con las comunidades (en sentido amplio).

Finalmente, pensando en quienes trabajamos en espacios donde no vivimos, creo que el tiempo del/la antropólogo/a aplicado/a como *experto/a* debiera dar paso a un rol menos representativo, menos escuchado, y más proveedor de herramientas y de espacios a otras voces. Un rol que apoye procesos de autonomía colectiva como la entiende Zibechi (2014):

La autonomía no es institución, ni siquiera espacios o territorios, sino formas de hacer soberanas, creaciones colectivas que, necesariamente, en cada lugar y en cada momento asumen maneras distintas, porque las crearon personas distintas. No es un patrón a replicar. Si hubiera que definirlo, son múltiples lienzos donde colectivos estampan colores y formas que acordaron... (p. 14).

Hacerse cargo de la posición de privilegio que muchas veces ocupamos respecto de las comunidades (aunque no así respecto de otras disciplinas) es tener cajas de herramientas y que sean estas (indígenas y no indígenas) las que puedan informarse y decidir

cuál utilizar. Aun cuando nuestra formación teórica y académica nos pueda hacer pensar que nosotros/as sí tenemos la solución, que hay variables que los/as otros/as no consideran, etc., creo que es parte del proceso decolonial y es nuestra responsabilidad dejar esos espacios y procesos de empoderamiento para potenciar a las comunidades a que los ocupen.

BIBLIOGRAFÍA

- Adam, B. (1998). *Timescapes of modernity: The environment and invisible hazards*. Routledge.
- Adam, B. (2006). Time. *Theory, Culture y Society*, 23(2–3), 119–126. <https://doi.org/10.1177/0263276406063779>
- Aguirre, R. (2018). Finding the Trans Voice: A Review of the Literature on Accommodating Transgender Singers. *Update: Applications of Research in Music Education*, 37(1), 36–41. <https://doi.org/10.1177/8755123318772561>
- Alvargonzález, D. (2011). Multidisciplinarity, Interdisciplinarity, Transdisciplinarity, and the Sciences. *International Studies in the Philosophy of Science*, 25(4), 387–403. <https://doi.org/10.1080/02698595.2011.623366>
- Bartoli, L. (2002). *Antropología aplicada: Historia y perspectivas desde América Latina* (1era. ed). Ediciones Abya-Yala.
- Bartolomé, L. (2014). El extranjero profesional y la tentación fáustica: La antropología frente a los programas de desarrollo. *Revista de Antropología*, 25, 201–211.
- Buzzanell, P. (2017). Voice/Multivocality. In J. Matthes, C. S. Davis, y R. F. Potter (Eds.), *The International Encyclopedia of Communication Research Methods* (1st ed.). Wiley. <https://doi.org/10.1002/9781118901731>
- Choi, B.C.K., y Pak, A.W.P. (2006). Multidisciplinarity, interdisciplinarity and transdisciplinarity in health research, services, education and policy: 1. Definitions, objectives, and evidence of effectiveness. *Clin Invest Med*, 29(6), 351–364.
- Contreras, R. (n.d.). La Investigación Acción Participativa (IAP): Revisando sus metodologías y sus potencialidades. In J. Durston y F. Miranda (Eds.), *Experiencias y metodología de la investigación participativa* (Serie Políticas Sociales PNUD).
- De la Cadena, M., y Blaser, M. (Eds.). (2018). *A world of many worlds*. Duke University Press.

- Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo* (1st ed.). Fundación Editorial el perro y la rana.
- Escobar, A. (2012). *Encountering development: The making and unmaking of the third world*. Princeton University Press.
- Escobar, A. (2015). Territorios de diferencia: La ontología política de los “derechos al territorio.” *Cuadernos de Antropología Social*, 41, 25–38.
- Fals Borda, O., y Rodrigues Brandão, C. (1987). *Investigación participativa* (La Banda Oriental).
- Gardner, K., y Lewis, D. (1996). *Anthropology, development, and the post-modern challenge*. Pluto Press.
- Guerrero, P. (Ed.). (1997). *Antropología Aplicada* (Ediciones U.P.S). Ediciones Abya-Yala.
- Hale, C. R. (2002). Does Multiculturalism Menace? Governance, Cultural Rights and the Politics of Identity in Guatemala. *Journal of Latin American Studies*, 34(3), 485–524. <https://doi.org/10.1017/S0022216X02006521>
- Marti, J. (2000). La investigación-Acción Participativa. Estructura y fases. In T. Villasantes (Ed.), *La investigación social participativa* (Edición El viejo topo.).
- Meillassoux, C. (1977). *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. Siglo XXI Editores.
- Melero, N. (2011). El paradigma crítico y los aportes de la investigación acción participativa en la transformación de la realidad social: Un análisis desde las ciencias sociales. *Cuestiones Pedagógicas*, 21, 339–355.
- Mosse, D. (2013). The Anthropology of International Development. *Annual Review of Anthropology*, 42(1), 227–246. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-092412-155553>
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder y clasificación social. *Journal of World-Systems Research*, XI(2), 342–386.
- Quintero, P. (2012). Los estudios antropológicos del desarrollo. *Revista Científica de Investigaciones Regionales*, 34(2), 131–154.
- Restrepo, E. (2018). *Etnografía. Alcances, técnicas y éticas* (Primera edición). Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Rylko-Bauer, B., Singer, M., y Van Willigen, J. (2006). Reclaiming Applied Anthropology: Its Past, Present, and Future. *American Anthropologist*, 108(1), 178–190.
- Soto, D. (2021, September 9). *Cadenas políticas³ de desarrollo Norte-Sur en Chile: Análisis del emprendimiento indígena*. 12° Congreso Argentino de Antropología Social, La plata.

- Venkatesan, S., y Yarrow, T. (Eds.). (2012). *Differentiating development: Beyond an anthropology of critique*. Berghahn Books.
- Worsley, P. (1972). *El tercer mundo*. Siglo XXI Editores.
- Zibechi, R. (2014). *Descolonizar el pensamiento crítico y las prácticas emancipatorias* (Primer edición). Editorial Quimantú.



DANIELA SOTO es antropóloga social de la Universidad de Chile, magíster en Sociología por la Pontificia Universidad Católica de Chile y actualmente desarrolla su investigación de doctorado sobre litio, territorialidad y transición energética en Chile, en el programa Desarrollo Internacional de la Universidad de Sussex, Inglaterra. Ha trabajado en diversas consultorías y particularmente investigado sobre extractivismo, género y trabajo y emprendimiento indígena.